

# La mujer pecadora que prodiga todo su amor a Jesús

Homilía del Papa San Gregorio Magno

San Gregorio (540-604), de rica familia patricia, fue prefecto de la ciudad de Roma, se hizo monje benedictino y fue elegido papa el año 590. Esta homilía es deliciosa, fue predicada en la Basílica de San Clemente el Viernes de las Témporas de Septiembre. En el antiguo calendario litúrgico, las Témporas son celebraciones relacionadas con las cuatro estaciones del año. El Evangelio que correspondía a esta fecha litúrgica es la comida de Jesús en casa del fariseo Simón, durante la cual irrumpió una mujer pecadora para prodigarle todo su amor, que relata san Lucas (7, 36-50).

La homilía tiene dos partes. La primera, estupenda, desgrana el relato evangélico para destacar la figura de la mujer desinhibida que muestra todos sus galanteos a Jesús, en contraste con la frialdad y la rigidez del fariseo y sus amigos, y la ternura de Jesús que acoge a la pecadora. Y deduce una enseñanza moral para el clero de su tiempo: se debe acoger a los pecadores, no actuar como los fariseos. ¡Extraordinario! Hasta parece una denuncia del clericalismo como las del Papa Francisco.

La segunda parte es una explicación alegórica del episodio. La mujer pecadora representa a los creyentes que provienen de las religiones antiguas, el fariseo representa al pueblo judío. La exuberancia del porte de la mujer y de sus galanteos –cabellera, caricias, besos, perfume– que muestra desinhibida, representa las acciones y los bienes con que se debe socorrer a los pobres. ¡Magnífica ocurrencia del monje Gregorio!

Al pensar en la penitencia de María Magdalena, mejor que decir algo, quisiera llorar; pues ¿a qué corazón, aunque sea de piedra, no movería a imitar su penitencia las lágrimas de esta pecadora? Porque ella consideró lo que había hecho y, no quiso poner coto a lo que había de hacer: ella se presentó en medio de los comensales, llegó sin ser llamada y ofrendó sus lágrimas en medio del festín. Deducid qué amor la abrasaría, cuando no se avergüenza de llorar en medio de un banquete.

Pero esta a quien san Lucas llama mujer pecadora, san Juan la llama María; nosotros creemos que es aquella María de la que san Marcos afirma que fueron arrojados siete demonios. Y ¿qué se designa por los siete demonios sino todos los vicios?, pues como todo el tiempo se comprende en siete días, propiamente todas las cosas se significan por el número siete; por eso María, que tuvo todos los vicios, tuvo siete demonios.

Mas he aquí que se puso a mirar las manchas de su torpe vida y corrió, para ser lavada, a la fuente de la misericordia; sin avergonzarse de los convalidados; porque, como ella se avergonzaba gravemente de sí misma en su interior, no creyó que hubiera exteriormente cosa que la avergonzara.

¿Y cuál admiramos más, hermanos carísimos, el que María venga o el que la reciba el Señor? ¿Que la recibe diré o que la trae? Pero mejor diré que la trae y la recibe; porque sin duda, Él, que con su mansedumbre la recibió exteriormente, interiormente la trajo con su misericordia.

Bien: recorriendo el texto del Evangelio, veamos también ya el orden por el que vino a ser sanada. *Trajo un vaso de alabastro lleno de bálsamo, y, arrojándose por detrás a los pies de Jesús, comenzó a bañárselos con sus lágrimas, y los limpiaba con los cabellos de su cabeza, y los besaba, y derramaba sobre ellos el bálsamo.*

Es cosa clara, hermanos, que aquella mujer, mientras estuvo dada antes a las obras ilícitas, llevó consigo el bálsamo para perfumar su cuerpo; de manera que aquello que antes torpemente habla aplicado a sí, ahora laudablemente lo ofrecía a Dios; con los ojos había deseado lo terreno, pero ya, afligiéndolos por el arrepentimiento, lloraba; había exhibido sus cabellos adornando su rostro, pero ahora con los cabellos limpiaba las lágrimas; habla hablado con labios altaneros, pero ya, besando los pies del Señor, los imprimía en las plantas de su Redentor. Luego, cuantos delirios tuvo, otros tantos holocaustos halló en sí. El número de sus delitos lo convirtió en número de virtudes, para que cuanto por su parte había despreciado culpablemente a Dios, todo ello sirviera a Dios en penitencia.

Mas el fariseo, viendo esto, lo despreció; y no sólo reprochó a la mujer pecadora que vino, sino también al Señor; que la recibe, diciendo en su interior: *Si éste fuera profeta, bien conocería quién y qué tal es la mujer que le está tocando, porque es una mujer de mala vida.* He ahí el fariseo, verdaderamente soberbio en su interior y falsamente justo; tacha a la enferma por su enfermedad y al

médico por su acogida, siendo así que él mismo padecía la llaga de la soberbia y lo ignoraba.

De suerte que el Médico hallábase entre dos enfermos, pero una, en medio de su fiebre, conservaba íntegro el sentido; otro, en la fiebre había perdido el sentido de la inteligencia. En efecto, aquélla lloraba lo que había hecho, pero el fariseo, ensoberbecido con falsa justicia, aumentaba o grave de su enfermedad; así es que en su enfermedad había perdido además el sentido, puesto que también ignoraba que él distaba de estar sano.

Pero, al hablar de esto, fuérganos a llorar el ver que algunos de nuestro orden, adornados con el ministerio sacerdotal, si han llegado tal vez a hacer bien alguna cosa, aunque sea la más insignificante, en seguida menosprecian a los súbditos y se indignan contra los pecadores del pueblo y no quieren compadecerse de los que confiesan su culpa, y, al modo del fariseo, tienen por indigno el dejarse tocar por la mujer pecadora.

¡Oh! cierto que, si aquella mujer se hubiera acercado a los pies del fariseo, sin duda que la habría retirado, echada a puntapiés, porque se creería manchado con el pecado ajeno; mas, por no estar en posesión de la verdadera justicia, enfermaba con la enfermedad ajena.

Por eso, es siempre necesario que, cuando veamos a cualesquiera pecadores, nos consideremos primero a nosotros como caídos en la desgracia de aquéllos, porque tal vez o hemos caído o podemos caer en cosas semejantes; y aunque es verdad que la censura del maestro debe perseguir siempre los vicios con la virtud de la disciplina, conviene, con todo, que distingamos cuidadosamente que a los vicios les debemos el rigor, pero a la naturaleza la compasión; porque, si se debe fustigar al pecador, al prójimo hay que sostenerle. Ahora bien, cuando él mismo se arrepiente de lo que ha hecho, entonces nuestro prójimo ya no es pecador, pues, al aplicarse a sí mismo la justicia de Dios, ya castiga en sí lo que la divina justicia condena.

Mas oigamos ya la sentencia por la que este soberbio y arrogante queda convicto. Se le presenta el ejemplo de dos deudores, uno de los cuales debía menos y el otro más, y se le pregunta que, habiendo sido perdonada la deuda a ambos, quién de los dos ama más al que los perdonó. Pregunta a la cual responde en seguida: *Aquel a quien se perdonó más.*

Aquí es de notar que el fariseo, al quedar convicto por su propio fallo, viene a cargar, como frenético, con el lazo en el cual quedó prendido.

El Señor le enumera lo bueno que ha hecho la mujer pecadora y le enumera lo malo que ha hecho el falso justo, diciendo:

*Yo entré en tu casa, y no*

*me has dado agua con que se lavaran mis pies; más ésta ha bañado mis pies con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me has dado el ósculo de paz, pero ésta, desde que llegó, no ha cesado de besar mis pies. Tú no has ungido con óleo mi cabeza, y ésta ha derramado sobre mis pies su bálsamo. Y después de este recuento, deduce la sentencia: Por todo lo cual, te digo que le son perdonados muchos pecados, porque ha amado mucho.*

¿Qué pensamos, hermanos míos, que es el amor sino fuego? Y ¿qué la culpa sino hollín? Por eso ahora se dice: *Le son perdonados muchos pecados, porque ha amado mucho.* Como si claramente se dijera: Ha quemado del todo el hollín de sus pecados, porque está muy abrasada en el fuego del amor; pues tanto más se consume el hollín del pecado cuanto más se abrasa en la hoguera de la caridad el corazón del pecador.

Ahí lo tenéis; la que había llegado enferma al médico quedó curada; en cambio, otros enferman todavía con motivo de la salud de ella, puesto que los que estaban sentados a la mesa, a una murmuraron para sus adentros, diciendo: *¿Quién es éste, que también perdona los pecados?*

Pero el Médico celestial no desprecia a los enfermos a quienes ve hacerse peores con la medicina, sino que asegura a la que antes había curado, pronunciando esta sentencia: *Tu fe te ha salvado, vete en paz.*



Ahora bien, su fe la salvó, porque no dudó conseguir lo que pidió; pero es que también había recibido ya la certeza de su esperanza por gracia de Aquel de quien confiadamente buscaba la salud.

Y se la manda que vaya en paz para que no torne nuevamente a la senda del escándalo des-

de el camino de la verdad. Por eso se dice también por Zacarías: *Para enderezar vuestros pasos por el camino de la paz* (Lc 1,79). Enderezamos, pues, nuestros pasos por el camino de la paz cuando nuestras acciones siguen el camino que se conforma con la gracia de nuestro Creador.

### Exposición alegórica

Y bien, hermanos carísimos, ya que hemos concluido la exposición histórica, ahora, si os parece bien, expongamos todo lo dicho en sentido místico.

¿A quién, pues, designa el fariseo que presume de su falsa justicia sino al pueblo judío; y a quién la mujer pecadora que se arroja llorando a los pies del Señor sino a la gentilidad convertida? La cual vino con un pomo de alabastro, derramó el bálsamo, se colocó por detrás a las plantas del Señor, regó sus pies con lágrimas, las enjugó con sus cabellos y no cesó de besar los pies que unguía y enjugaba.

A nosotros, sí, a nosotros representó aquella mujer cuando, después de haber pecado, nos volvemos de todo corazón al Señor y la imitamos en el llanto de la penitencia; porque ¿qué se significa por el bálsamo sino el olor de la buena fama? Por eso dice san Pablo: *Nosotros somos el buen olor de Cristo delante de Dios* (2 Cor 2,15). Luego cuando obramos rectamente perfumando la Iglesia con el olor de la buena fama, ¿qué hacemos sino derramar el bálsamo en el cuerpo del Señor? Pero nosotros nos hemos puesto frente a los pies del Señor cuando, situados en la culpa, nos resistíamos a seguir sus pasos; más cuando, después de haber pecado, nos convertimos a la verdadera penitencia, ya nos colocamos por detrás a sus pies, porque seguimos las huellas de Aquel a quien antes nos oponíamos.

La mujer riega con lágrimas los pies del Señor; lo que también hacemos en realidad nosotros cuando, movidos a compasión, ayudamos a cualesquiera miembros de Cristo, aun a los últimos; cuando participamos en la tribulación de sus santos, cuando tenemos por nuestras sus aflicciones.

La mujer enjugó con sus cabellos los pies que había regado. Los cabellos, es cierto, son cosa que rebasa del cuerpo; y ¿qué figuran los cabellos sino la abundancia de bienes terrenos? Y cuando exceden de lo necesario, aunque se cor-

ten, no se siente. Luego enjugamos los pies del Señor con los cabellos cuando a sus santos, de quienes nos compadecemos por caridad, los socorremos también con lo que nos sobra, y de suerte que el alma llegue a compadecerse de tal modo que muestre también con su largueza su sentimiento de dolor.

Riega, pues, ciertamente con sus lágrimas los pies del Redentor, pero no los enjuga con sus cabellos, quienquiera que se compadece del dolor del prójimo, pero que, sin embargo, no le presta auxilio con las cosas que a él le sobran. Llora, pero no enjuga, el que acude con buenas palabras de dolor, pero que no alivia en modo alguno la violencia del dolor, suministrando lo necesario.

La mujer besa los pies que había enjugado; cosa que hacemos nosotros perfectamente cuando amamos solícitos a quienes proveemos con nuestra largueza, de modo que ni nos sea molesta la necesidad de ellos ni nos resulte onerosa su indigencia, y cuando el dar lo necesario no entibie el amor del alma.

También puede entenderse por los pies del Señor el misterio de su encarnación, por la cual la divinidad vino a pisar la tierra, porque tomó la carne; pues el *Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros* (Jn 1,14).

Según esto, buscamos los pies del Redentor cuando de todo corazón amamos el misterio de su encarnación; unguimos con perfumes sus pies cuando con la buena opinión de la Sagrada Escritura predicamos el poder de su humanidad.

Mas el fariseo ve esto y se indigna, porque, cuando el pueblo judío ve que la gentilidad predica a Dios o cree en Dios, se consume en su propia malicia. Pero nuestro Redentor recuenta las buenas obras de la mujer, es decir, las obras buenas de la gentilidad, para que el pueblo judío reconozca el mal en que yace; porque el fariseo, que, como hemos dicho, representa a aquel pueblo pérfido, queda confundido con estas pala-

bras: *Yo entré en tu casa y no me diste agua para lavar mis pies, y ésta ha regado con sus lágrimas mis pies.* Pues bien, el agua es cosa que está fuera de nosotros, y las lágrimas son cosas que están dentro de nosotros; de modo que aquel pueblo infiel jamás dio al Señor ni las cosas exteriores, mientras que la gentilidad convertida dio por Él, no sólo sus bienes, sino que hasta derramó su sangre.

*Tú no me diste el ósculo, y ésta, desde que entró, no ha cesado de besar mis pies.* Sabido es que el ósculo es señal de amor, y aquel pueblo infiel no dio a Dios el ósculo, pues no quiso amarle con caridad, sino que te sirvió por temor; en cambio, la gentilidad llamada no cesa de besar las huellas de su Redentor, pues continuamente suspira por su amor; que por eso, con palabras de la Esposa en el Cantar de los Cantares, dice a su mismo Redentor: *Bésceme con el beso de su boca* (1,1). De veras desea el beso de su Redentor la que está dispuesta a servirle por amor.

*No ungió mi cabeza con óleo.* Si por los pies del Señor significamos el misterio de su encarnación, se sigue que por su cabeza signifiquemos su divinidad. Por eso se dice por san Pablo: *La cabeza de Cristo, Dios* (1 Cor 11,3). El pueblo judío confesaba creer en Dios en cuanto tal, más no en cuanto hombre. De ahí que se dice al fariseo: *No ungió mi cabeza con óleo;* porque el pueblo judío descuidó, además, el predicar dignamente el poder de la divinidad, en la cual afirmaba creer.

*Esta, en cambio, ha ungió con bálsamo mis pies;* pues la gentilidad, una vez que creyó el misterio de su encarnación, ensalzó con los más grandes encomios aun lo más bajo de Él.

Y cuando ya el Redentor cesó de enumerar lo bueno, añadió esta sentencia: *Por lo cual yo te digo: Se le perdonan muchos pecados, porque ha amado mucho.* Como si claramente dijera: Aunque está muy duro lo que se cuece, sin embargo, sobra fuego de amor, en el cual hasta lo duro se consume.

Pláceme en medio de todo esto fijar la atención en tan grande misericordia. Tanta es la es-

tima que a las obras de la mujer pecadora, pero ya penitente, tiene la Verdad, que llega hasta enumerárselas minuciosamente a su adversario.

El Señor estaba sentado a la mesa del fariseo, pero se deleitaba con la mujer penitente con manjares del espíritu; con el fariseo alimentábase la Verdad exteriormente; con la mujer pecadora, pero ya arrepentida, alimentábase interiormente. De ahí que la Iglesia buscándole bajo la figura de un cervatillo, le dice en el Cantar de los Can-

tares: *Indícame tu, el amado de mi alma, dónde tienes los pastos, dónde el sesteadero al llegar el mediodía* (1,6).

Ahora bien, el Señor es llamado cervatillo según la carne, en cuanto es hijo de los Padres antiguos. Al mediodía es más ardoroso el calor del sol, y el cervatillo busca un lugar sombrío, donde no penetra el calor del verano. Luego el Señor sesteaba en aquellos corazones a los que no abrasa el amor del presente siglo ni quemaban los apetitos de la carne y cuyas ansias no se satisfacen con las concupis-

cencias de este mundo. Por eso se dice a María:

*El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te hará sombra* (Lc 1,35). Luego el cervatillo busca lugares sombríos para apacentarse al mediodía; es decir, que el Señor se apacienta en las almas que por respeto a la virtud de la templanza no se dejan abrasar en deseos corporales. Según lo cual, la mujer penitente alimentaba interiormente al Señor más que el fariseo le alimentaba exteriormente; porque nuestro Redentor, cual cervatillo, habíase refugiado contra el ardor carnal en el alma de aquella mujer, a la que, después del ardor de los vicios, había moderado la sombra de la penitencia.

Consideremos ahora cuán grande misericordia fue, no ya recibir con Él a la mujer pecadora, sino el consentirla, además, que enjugase sus pies. Consideremos la gracia de Dios misericordioso y condenemos nuestros muchos pecados.

Ya lo estáis viendo: El ve a los pecadores y los aguanta; soporta a los que están resistiendo-



le y, no obstante, a diario los está llamando con su clemencia por medio del Evangelio; está deseando que hagamos una confesión sincera, y perdonar todos nuestros delitos. Con la misericordia del Redentor nos mitigó el rigor de la Ley, pues en ella está escrito: El que hiciere esto y aquello, muera de muerte (Ex 199; el que hiciere esto y aquello, sea apedreado (Lev 20). Mas nuestro Creador apareció hecho hombre, y a quien confiese los pecados promete no el castigo, sino la vida; recibe a la mujer que confiesa sus llagas y la despide curada. Luego su misericordia trocó el rigor de la Ley, puesto que a los que ésta condena justamente, Él los libra misericordiosamente.

Por esto rectamente está escrito en la Ley: *Como los brazos de Moisés estaban cansados, tomando una piedra, pusiéronla debajo y sentóse en ella, y Aarón de una parte y Hur de la otra le sostenían los brazos* (Ex 17,12). Ahora bien, Moisés sentóse en la piedra cuando la Ley reposó en la Iglesia; y esta misma Ley tuvo cansados los brazos porque no soportó con misericordia a pecador alguno, sino que los castigó con severo rigor. Asimismo, Aarón significa el monte de la fortaleza, y Hur el fuego, de manera que ¿a quién representa este monte de la fortaleza sino a nuestro Redentor, del cual se dice por el profeta Isaías: *En los últimos días, el monte de la casa del Señor tendrá sus cimientos sobre la cumbre de todos los montes* (2,2); y a quién representa el fuego sino al Espíritu Santo, del cual el mismo Redentor dice: *Yo he venido a poner fuego en la tierra?* (Lc 12,49) Luego Aarón y Hur sostienen los brazos cansados de Moisés y, sosteniéndolos, los aligeran, que es decir: viniendo el Mediador entre Dios y los hombres, con el fuego del Espíritu Santo nos hizo más llevaderos, mediante la inteligencia espiritual, los preceptos graves de la Ley, que, entendidos carnalmente, no podían soportarse. De manera que en cierto modo aligeró los brazos de Moisés, porque aclarándolos tomó en suave la dureza de sus preceptos.

Ya nos insinuó esta promesa de su misericordia, a los que le seguimos, cuando dijo por el profeta: *No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva* (Ez 18,23; 33,11). Por lo mismo, en otro lugar, a toda alma pecadora, figurada en la Judea, se dice: *Si un marido repudia a*

*su mujer, y ella, separada de éste, toma otro marido, ¿acaso volverá jamás a tomarla? ¿No quedará tal mujer inmunda y contaminada? Pero tú es cierto que has pecado con muchos amantes; esto no obstante, vuélvete a mí, dice el Señor* (Jer 3,1).

He ahí que ha puesto el ejemplo de una mujer liviana, y manifiesta que después de su liviandad no puede ser recibida; mas el Señor, por su misericordia, pasa sobre el ejemplo que antes puso, diciendo que, aunque no podía ser recibida la mujer fornicaria, Él, no obstante, está dispuesto a recibirla.

Meditad, hermanos, y ponderad su grande misericordia; declara que no puede hacerse tal cosa y manifiesta que Él mismo puede hacerla contra lo usado. Ya lo veis: Él mismo llama y busca, para abrazarlos, aun a los que declara manchados, a aquellos de quienes se queja porque le han abandonado.

Por consiguiente, nadie desaproveche el tiempo de tan grande misericordia; nadie menosprecie los remedios que le ofrece la piedad divina. Ved que la divina benignidad nos llama a los extraviados y, cuando tornamos a Él, nos abre las entrañas de su misericordia.

Piense cada cuál cuán obligado queda cuando Dios le espera; no sea que, despreciado, se exaspere. Quien no ha querido estar con Él, vuelva; quien despreció el mantenerse en pie, al menos después de la caída levántese.

Con cuánto amor nos espera nuestro Creador, lo da a entender cuando dice por el profeta: *Yo estuve atento y los escuché; nadie habla cosa buena; ninguno hay que haga penitencia de su pecado, diciendo: ¡Ay!, ¿qué es lo que he hecho?* (Jer 8,6). Ciertamente que jamás hemos debido pensar cosas malas; pero, aunque no hemos querido pensar rectamente, vedle, todavía espera a que reflexionemos. Ved las entrañas de su gran piedad; considerad que tenéis abierto el regazo de su misericordia; a los que cuenta perdidos por pensar mal, los busca cuando piensan bien.

Hermanos carísimos, volved a vosotros la mirada de vuestra alma y poneos delante por modelo, que imitéis, a la mujer pecadora y penitente. Llorad lo que recordáis haber pecado en la adolescencia y en la juventud; cubrid con lágrimas las manchas de las costumbres y obras malas; amemos ya el seguir las huellas de nuestro Redentor, que habemos desprecia-



do pecando. Ved que, como hemos dicho, nos abre, para recibimos, los senos de su infinita piedad y que no es despreciada nuestra vida pecadora. En cuanto nos horrorizamos de nuestra maldad, ya estamos concordes con nuestra limpieza interior.

El Señor, apiadado, nos abraza cuando a El volvemos, porque ya no puede serle indigna la vida que a fuerza de lágrimas se purifica en Jesucristo, nuestro Señor, que vive y reina con Dios Padre, en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.

[Homilía XIII. Predicada en la basílica de San Clemente en la Feria sexta de las Témperas de Septiembre San Gregorio Magno, *Obras*, B.A.C., Madrid, 1958, p. 704-711]



Pinturas: Peter Paul Rubens (1577-1640) La casa de fariseo, 1629.

Artus Wolffort (1581-1541) María Magdalena unge los pies de Jesús en casa dell fariseo Simón

El grabado es de alguna edición de la Biblia.